La Barcelona de Josep Yxart y su reflejo en *El Año Pasado* (1885-1889)

Rosa Cabré Monné

«Vivir en una ciudad populosa, participando de su agitación, siguiendo de cerca su evolución social y moral, gozando de los atractivos que ofrece al espíritu la vida animada de los grandes centros», como Barcelona, fue para Narcís Oller, según Yxart, alcanzar uno de sus más ardientes deseos. Pues bien, estas palabras que Yxart escribió en sus *Memorias 1875-76*, inéditas, son perfectamente aplicables a su autor a la vez que nos dan idea de lo pronto que se interesaron por la vida ciudadana que a finales del siglo XIX será una de las marcas de modernidad en las literaturas hispánicas. El invento de la gran ciudad es uno de los hechos más significativos que caracterizan la modernidad del siglo XIX. Y con la ciudad se inventa la manera de vivirla, sentirla, mirarla, soñarla y transformarla. O de escribirla y mitificarla. Yxart, no anduvo demasiado por los campos y los bosques, que conocía por ser hijo de propietarios rurales. En cambio se identificó con las calles, plazas y teatros de las grandes capitales. El paisaje de la metrópoli reunía, a la vez que los desnaturalizaba, todos los paisajes posibles.

La relación de Josep Yxart con Barcelona se emmarca en dos períodos definidos: 1868-1873 y 1877-1895. En el primero, Yxart es un joven estudiante de derecho que se introduce en los ambientes universitarios de la mano de su primo, casi un hermano, Narcís Oller, seis años mayor que él. En el segundo período nos hallamos ante el hombre que, resueltamente decidido a renunciar al ejercicio de la abogacía, intenta iniciar una carrera como hombre de letras y crítico literario, y consigue situarse entre las figuras más eminentes de la intelectualidad catalana y española.

En esta segunda etapa, gracias a la amistad de Oller con el grupo de *La Renaixença* se le abrirán las puertas de este cenáculo catalanista, resueltamente progresista, a la vez que profundamente respetuoso con la tradición, lejana e inmediata. Desde esta plataforma, Yxart accedió a los Juegos Florales que, en 1879, premiaron su primer trabajo de crítica inductiva *Lo Teatre Català*, conectó con el editor Domènech que le publicó en 1881 su ensayo *Fortuny*, el primero de sus libros, y al año siguiente le propuso dirigir la colección *Arte y Letras* y la revista del mismo nombre que se regalaba a los

suscriptores. Este hecho le permitió, seguramente, abandonar su trabajo como pasante del bufete Serrahima y dedicarse profesionalmente al ejercicio de las letras. Por ahí, Yxart se relacionaría con los escritores en lengua castellana más relevantes de su generación: Pérez Galdós, Pereda, Pardo Bazán, Leopoldo Alas, «Clarín», Campoamor, Palacio Valdés, entre otros. Con sus amigos de *La Renaixença,* Sardà, Oller, Guimerà, Matheu y Vilanova, etc., Yxart participa de las actividades de las instituciones barcelonesas más destacadas. Desde 1879 es miembro de la *Associació Catalanista d'Excursions Científiques*, presidida en este momento por Antoni Aulèstia y Pijoan, reusense afincado en Barcelona y amigo de Oller de la época de estudiante. Por estas mismas fechas debió hacerse socio transeúnte del Ateneo Barcelonés y de número en 1888, poco antes de ocupar cargos tan relevantes en esta entidad como la presidencia en 1889 de la Sección de Historia y Arquelología, y en 1892 la presidencia del Ateneo. La primera de estas instituciones pretendía incorporar el bagaje cultural disperso a lo largo y a lo ancho de las tierras catalanas. La segunda estaba más vinculada a las propuestas de modernidad y cientificismo y, en ella, Yxart fue el *causeur* de una tertulia literaria integrada por Sardà, Oller, Guimerà, Rusiñol, Maragall y otros, que promovió la modernización de la ciudad y la innovación intelectual, que llevarían a cabo muchos de sus participantes.

Yxart, que hizo el servicio militar en Madrid durante cuatro meses a partir de setiembre de 1873, no descubrió la gran ciudad hasta su primera visita a París en 1878, en compañía de Narcís Oller, con motivo de la Exposición Universal. La fascinación que sobre ellos ejerció esta ya entonces capital europea se hace patente en diversos textos: en las cartas que intercambió con su primo poco antes del viaje, en el dietario que escribió Yxart y en la crónica de la Exposición que enviaron a *La Renaixença*, que recoge el volumen *La descoberta de la gran ciutat: París 1878*. No es extraño: Emile Zola, en el último de los tres artículos que dedicó a esta efemérides, reconoce y elogia la imagen que alcanzó la capital de Francia en aquella ocasión, aunque en el primero de estos artículos hubiese manifestado el deseo de escapar de la multitud que la invadiría, para huir al campo. Joan Sardà, crítico literario y amigo de Yxart y Oller, que viajó a París en 1889, confirma esta opinión en sus artículos *El caso del Sr. Aguiló* e *Impresiones sueltas*, publicados en *La Vanguardia* (22-XI-1893 y 1-VI-1888, respectivamente) y recogidos en J. Sardà, *Obras Escogidas*, serie II. De vuelta a Cataluña, Yxart conservará siempre, como Oller, la imagen de París de 1878, ciudad que visitarán de nuevo juntos en 1886. Sabe que Barcelona no se le puede comparar, pero también sabe que sólo la gran ciudad, y en su caso Barcelona, puede ofrecerle la posibilidad de conectar con un

mundo cultural en sintonía evolutiva con el progreso científico que es la realidad de su presente histórico.

Por otra parte, la lectura de los cuentos ciudadanos de Edgar A. Poe, que Yxart publicaría más adelante, en traducción castellana en la *Biblioteca Arte y Letras,* y de las novelas de Balzac y Zola, que tienen a París como su epicentro, le afianzaron en la necesidad de que la literatura reflejara la vida de las ciudades, núcleos de evolución y de transformación de la sociedad moderna. Esta vocación ciudadana ya le llevó, entre 1878 y 1879, a colaborar en *La Llumanera de Nova York*, la revista que pretendía hacer de puente con la metrópoli americana.

Como Oller, a pesar de no haber nacido en Barcelona, jamás se sintió como un trasplantado, sino todo lo contrario. Las cartas a Narcís Oller nos muestran al crítico enamorado no tanto de la ciudad física como de las posibilidades culturales que le brinda: amigos, espectáculos, un mundo editorial, relación con los escritores españoles más destacados. Por esto el 12 de agosto de 1890, en una carta a Oller que recoge Manuel de Montoliu, reconoce que «som ciutadans, som artificials; la nostra naturalesa és ja aquest sediment d'art, de tracte, de comfort que ens ha fet una altra ànima; això és tan naturalesa com l'altra», a la vez que se retrata con una imagen nítida de hijo del siglo.

Yxart, a mediados de la década de los ochenta, apostó por una política cultural que atendiera Barcelona como capital cultural de Cataluña y, con Oller, se identificó con la expansión y modernización de la misma que, bajo el impulso del alcalde Francesc Rius i Taulet, eclosionará en la Exposición Universal de 1888. Efemérides que interesará vivamente al crítico. Profesionalmente necesitaba la metrópoli. De lo contrario, ¿cómo podía ejercer la crítica, si su entorno no presentaba una suficiente creatividad y una cierta capacidad de innovación, o de recepción del oportuno pensamiento histórico? La constatación de este vínculo entre el crítico y la ciudad fueron los cinco volúmenes de *El Año Pasado.*

Este proyecto empieza seriamente cuando el 26 de enero de 1883, Yxart escribía a Joan Sardà recordándole la propuesta anterior de un proyecto compartido. Se trataba de un volumen sobre *Barcelona artística*, con unos 24 artículos de veinte páginas cada uno, escritos a razón de dos por mes y de los cuales Yxart haría uno y Sardà otro. Así, casi sin darse cuenta, sumarían las cuatrocientas páginas de un volumen que resumiría la actividad artística y literaria de la capital catalana. Como el año ya había empezado, Yxart insiste en acordarse de cara al año siguiente.

Yxart apenas había ejercido como crítico literario después de su trabajo sobre *Lo Teatre Català*, premiado en los Jocs Florals de 1879, y su nombre

era conocido, sobre todo, como director de la *Biblioteca Arte y Letras*, desde 1883. Con razón Ramón D. Perés, en su artículo sobre *La Crítica Literària a Catalunya*, publicado en *L'Avenç* (Barcelona, enero, 1883, pág. 98-107) se pregunta si «¿Fora de lo Sr. Sardà hi há á Catalunya algú més que cultivi la crítica de debó? Prou llansém nostres esguarts á un cantó y altre mes no'l sabem veurer». Unos meses más tarde, en esta revista y a propósito de la crítica de *Notes de Color* de Oller con prólogo de Yxart, P. (Perés) comenta que Yxart «comparteix amb en Sardà la primacía de la crítica catalana moderna». (*L'Avenç*, A. II, núm.18, setembre de 1883, p. 51). En 1885, decide emprender solo el proyecto. Durante cinco años, entre 1885 y 1889, Yxart escribe sobre las principales instituciones ciudadanas (el Ateneo Barcelonés y las Asociaciones de Excursiones), comenta los estrenos teatrales, los certámenes poéticos, las ediciones de libros de poesía, historia, novela, las exposiciones de pintura, el arte de los actores, aspectos teóricos de la crítica. Intercalados entre estos trabajos sitúa algún artículo de crítica social, a la manera de Larra. Todo este material constituye el tema de los cinco volúmenes de *El Año Pasado. Letras y Artes en Barcelona.*

Los dos primeros volúmenes, publicados en 1886 y 1887, fueron escritos íntegramente pensando en su formato como libro. Para el tercero, Yxart se sirvió de muchos de sus artículos aparecidos en la prensa periódica, y para la confección del cuarto y quinto se limitó a ordenar los distintos comentarios sobre la vida cultural barcelonesa, aparecidos en la prensa periódica, como se lee en el prólogo al primer volumen de la *Obra Completa de José Yxart* (p. 92-97).

Estos volúmenes de crítica inductiva que forman la serie *El Año Pasado*, constituyen un verdadero poema de amor a Barcelona, tal como su autor declara en el prólogo al segundo volumen. Así, unido al que siempre manifestó por el arte y la verdad, «creció con este cariño el que siempre tuve a la capital donde asenté mi modesto observatorio, sin necias adulaciones a sus defectos ingénitos que son muchos, ni fatuo menosprecio de sus poderosas cualidades que propios y extraños reconocen. Mi afecto es de tal casta, que a ser posible trocara a Barcelona en la ciudad ideal de mi pensamiento».

Y ¿cómo es esta ciudad ideal? Yxart nos propone una «mutación de escena tan espléndida que ni cabe en la imaginación, ni hallo palabras con que encomiarla». Su Barcelona ideal tiene calles anchas, edificios magníficos, estatuas que perpetúan la memoria de los grandes hombres y los hechos más notables del país, dotada de unos mecanismos capaces de despertar un elevado interés por la cultura de nivel. Una descripción que recuerda sus

imágenes de París. Dice Yxart, en el comentario de *Lo Catalanisme* de Valentín Almirall en *El Año Pasado* (1887) que si «de la necesidad de acudir a intereses vivos encarnados en nuestras leyes y en nuestra actividad industrial se forma *el catalanismo, Barcelona es su centro y su foco vividor: capital dotada de fuerza e iniciativa propias* (el subrayado es mío) siente todos los estímulos del fuerte. Latente en ella el espíritu regionalista, toma tantas formas cuantos son los motivos de competencia o de defensa». Y además ha constatado que «Barcelona, en el círculo de las artes y las letras, tiene vida propia y característica de las demás capitales de España», hasta el extremo de que «se nota, aunque latente, oculto y no siempre vencedor, cierto espíritu de reforma y progreso que parece requerir el auxilio de la propaganda y los beneficios de la luz». Esto le hace pensar en la conveniencia de hacer «comprender de un solo golpe de vista lo que hace y piensa Barcelona en materia de arte», como el mismo señala en el prólogo al primer volumen y, aunque en principio no pretende enseñar ni juzgar, su objetivo será fomentar el buen gusto y potenciar «con largas discusiones y reposada crítica» las tendencias más innovadoras del momento histórico, que han de ser exponente de la «Barcelona artística contemporánea».

Yxart planteó un ideal de cultura catalana en perfecto equilibrio y armonía entre tradición e innovación, lo qual le permitía conciliar el procedimiento narrativo de Zola y la poesía, desde Goethe y Heine, hasta los simbolistas, pero reprobó todo tipo de convencionalismo y amaneramiento, empezando por el teatro de Frederic Soler de aquellos años o la forma de actuar y de recitar el verso de los actores Rafael Calvo y Antonio Vico. Por el contrario, resaltó la sinceridad, espontaneidad y naturalidad de todo aquel artista que en su obra buscase siempre la adecuación del fondo con la forma y de la idea con la frase, sin supeditar, en ningún caso, lo uno a lo otro. «Esta sinceridad de emoción forzará al poeta a ser, aún en contra de su voluntad, moderno de todo en todo». (*O. C. de J. Yxart*, I, Barcelona, 1995, p. 57)

Así, elogió el trabajo de Ermete Novelli, Sarah Bernhardt, Coquelin o Eleonora Duse, y el valor literario de las composiciones poéticas en verso de Costa y Llobera, Guimerà y Verdaguer, o en prosa de Oller y Pin i Soler. Teniendo en cuenta que, para Yxart, la novela realista en general y *Vilaniu* de Oller en particular era «también poema a su modo, el más ameno, el de nuestros días». (*El Año Pasado, O.C.*, I, p. 289). Al mismo tiempo, potenció desde la ópera de Wagner hasta la poesía sugestiva, impregnada de pensamientos filosóficos, fantásticos, políticos, eróticos o dramáticos de Ramón D. Perés, Francesc Matheu o Apel.les Mestres, incluida la «belleza recogida, espiritual, prerafaélica» de los poemas de J. Verdaguer contenidos en sus libros *Jesús Infant* y *Natzaret*, (*El Año Pasado*, 1890). Su apoyo

a Maragall no se hará explícito hasta 1893 en el artículo *Literatura catalana. Poesía y poetas*, publicado en el volumen *José Yxart. Crítica dispersa*; todos ellos ejemplos de poetas actuales y ciudadanos.

Desde estos trabajos, la actitud regeneracionista del crítico se dirigirá a fomentar un gusto por las formas artísticas, literarias y eruditas basadas en el buen gusto y el oportunismo histórico. En cambio combate aquella forma de regeneracionismo, a su entender equivocada, que pervive en los Jocs Florals manteniendo un concepto de poesía que ya se manifestaba como anticuado y vacío. A su entender estos certámenes han democratizado la poesía, pero también han acabado con ella. (*El Año Pasado* (1887) en *Obra completa de J. Yxart*, p. 375). En el volumen de *El Año Pasado* (1890, pp. 8 y 25) califica los Jocs Florals de «fantástica manifestación de ideales muertos» en los cuales destaca como mejor poema el discurso de su presidente, Ángel Guimerà. La situación de la poesía, a su entender, no es mejor en la literatura castellana ya que en *El Año Pasado* (1888, p. 33) afirma que en España no hay poetas. Entre 1885 y 1889, toda efemérides cultural barcelonesa se dibuja en estos *Años Pasados* de Yxart, como símbolo y metáfora de la cultura catalana.

A su vez, la misma ciudad de Barcelona tiene también una presencia real en estos volúmenes de *El Año Pasado* a través de algunos comentarios sociológicos de carácter descriptivo, a la manera de Larra o de Balzac, que se distribuyen en forma de pinceladas en algunas críticas. Así, en los tres primeros volúmenes apunta de forma dispersa que no le gusta la Plaza de Cataluña, señala los nuevos proyectos de urbanismo, describe el aspecto exterior e interior de los teatros, la iluminación eléctrica de los mismos, destaca la presencia de los tranvías, las máquinas, los carteles y las bocinas, aplica adjetivos que derivan de la técnica y del progreso como «eléctrico entusiasmo», o «labor febril y acelerada», etc. Y, al lado de estas presencias objetivas, hace emerger en sus escritos visiones subjetivas de la ciudad, que recuerdan las de Edgard A. Poe (*El hombre de la multitud*), Vigny, Hugo, que Yxart leyó en la década de los años setenta, Michelet y especialmente Baudelaire, del cual en este momento no creo que tuviese una idea muy precisa. Así, desde el primer volumen de la serie, ve la ciudad como el espacio donde el individuo pierde su identidad y se convierte en una «masa humana», «un mar de cabezas» o «una turba de transeúntes», que se manifiesta en «vocerío». Con ello, Yxart combina los dos puntos de vista o géneros que, según Philippe Hamon, genera la contemplación de la ciudad a finales del siglo XIX.

Pero cuando estas dos formas de mirar o de narrar la ciudad (analítica y sintética) cobran protagonismo es en los tres relatos *El estreno de un gran*

tenor, Un kiosko y *La estatua del general Prim*, que Yxart sitúa, respectivamente, uno en cada volumen de los tres primeros que constituyen la serie de *El Año Pasado*. En ellos Yxart retrata aspectos de la vida ciudadana en términos a la vez realistas e impresionistas. En la segunda, de connotaciones simbólicas, ofrece una reflexión sobre la importancia de la literatura y la cultura popular que el kiosco divulga, a la manera de un «fanal de la inteligencia popular» y le trata como a una fuerza personificada de extraña magnitud, de límites desconocidos, que tiñe de modernidad el panorama de la ciudad, con la actualidad y la precipitación, quizás grosera, de la prensa. «También tus papeles y folletos son la comparsería de la literatura, sin la cual es imposible concebir todo el espectáculo literario de una ciudad. ¿Qué sacamos de saber cuánto han leído en un año unas quinientas personas, si ignoramos lo que saborean diariamente unos cuantos miles, de paladar más grosero? ¿Dónde hallar sino aquí el termómetro del gusto artístico común y las aficiones generales?».

Aquí cabe destacar la presencia de unos temas de modernidad tan indiscutible como el de la literatura de masas, la iluminación que caracteriza el kiosco en medio de la noche, su vacuidad, mero soporte de papeles de colores, como una máscara o un disfraz, a la vez que es un elemento característico del paisaje urbano. En resumen: una descripción acorde con las tendencias más innovadoras de la literatura urbana actual.

El tema de la multitud y sus reacciones es dominante en las otras dos narraciones. En *El estreno de un gran tenor*, en el primer volumen de *El Año Pasado* (1886), Yxart describe el movimiento de la multitud, que, a propósito de la actuación del tenor Massini, entra en el Liceo como una «masa humana» que «obstruía el paso, amotinada, formando cola» y cómo, en medio del «vocerío» y «las oleadas y empujones», «bogando a fuerza de remos por entre aquel mar de cabezas», él consigue entrar en el local, mientras que «el torrente se precipitó comprimido y espumeante por aquella esclusa (...) arrastrando en su furia a algunos infelices inundados que pataleaban, o alzaban las manos suplicantes y agitaban en alto la entrada como su pañuelo el náufrago que pide socorro». Esta representación del *Faust* de Gounod, a cargo del tenor Massini, fue recogida por Narcís Oller en el capítulo VIII de su novela *La febre d'or*. En *La estatua del general Prim* describe el acto de inauguración del monumento al héroe de la Revolución de 1868, erigido en el Parque de la Ciudadela, presidido por el alcalde Rius i Taulet, a quien, sin decir su nombre, el narrador «mira», desde lejos, «entre empujones», a la vez que contempla este cuerpo compacto, misterioso y estraño que es la multitud, como algo distante, a la manera de un *voyeur*. Una posición que sólo abandonará al final del relato cuando subs-

tituye el personaje de Prim, mitificado en la estatua, por su imagen personal del general. De esta manera cierra el relato oponiendo a la «inmensa muchedumbre», «multitud», «marejada» o «muro humano» de asistentes, su individualidad aislada que contrapone el espectáculo exterior con sus impresiones intimistas. Una vez más, desde su punto de vista particular, constata la fuerza avasalladora de la masa anónima que va «a estrellarse contra el pedestal», «desbordada en los andamiajes de los vecinos edificios» y que espera «impaciente, silbante, gruñona, espeluznada». En consecuencia, al finalizarr el acto, él mismo, hecho multitud, «buscó su desagüe siguiendo a la comitiva».

El 8 de mayo de 1888 se abria la Exposición Universal de Barcelona y con ella podía verse dibujada la ciudad moderna que se había proyectado y parcialmente realizado en años anteriores. El milagro de su realización que parecía imposible se debió al entusiasmo de la mayoría de los barceloneses. Yxart lo proclama en el artículo *La Exposición. Carta a un amigo* (*La Vanguardia*, 22-VII-1888): «Hubo un pueblo capaz de construir en pocos meses y a toda prisa vastos edificios que hubiesen costado en otro país el doble y triple tiempo; un pueblo que terminó en unos cuantos días, mejoras que embellecían la capital por muchísimos años (...), un pueblo, en fin, que hizo una exposición universal como no cabía esperar».

Desde su punto de vista, sólo la ciudad de Barcelona, dentro del Estado, podía realizar una operación de esta envergadura, ya que, «muy burguesa de puertas adentro, es en este punto la población más inclinada y más acostumbrada al trato frecuente con el extranjero, de puertas afuera». (*Idem* anterior) Su histórica vocación mediterránea, así como por la facilidad con que, desde aquí, se cruzan los Pirineos y se accede a Europa o entran en la península casi todos los progresos técnicos, son sus mejores argumentos. Yxart destaca, también, la distancia espiritual que había entonces entre el pueblo catalán cosmopolita, abierto al progreso y a la modernidad, y el resto de la península. Y lo hace recordando la impresión de su viaje a Madrid en 1873 y las diferencias socioculturales profundas que, a su entender, separaba el río Ebro: «Barcelona, que dejaba a mi espalda apareció en mi recuerdo como algo distinto, algo continental y no peninsular, con sus negras chimeneas de suburbio inglés, con sus restaurants y sus librerías de bulevard parisiense, con sus jardines y velas sobre un mar de puerto italiano. En este marco, sólo en éste, encuadra una Exposición cosmopolita, que parecería desentonada y sobrepuesta mancha en cualquier otro paisaje típico de nuestra nación». (*EAP,* 1889, p. 164-165).

A este «espíritu europeo del barcelonés» Yxart añade un cierto «patriotismo local», que a veces puede caer en el ridículo, para explicar «esa ori-

ginalidad e independencia» cultural capaces de impulsar el pueblo catalán hasta las más altas empresas, como la de esta Exposición. Con su realización, la ciudad «habrá dado la medida de lo que puede la inteligencia y la actividad de su pueblo, preparado larga y silenciosamente para la vida moderna», y por ello, dice, puede sentirse orgullosa de que se la compare con Manchester (*EAP*, p. 68), por su industria, o con París (*EAP*, p. 182), por sus bulevares comerciales. «Barcelona ha visto en bien pocos años engrandecerse su perímetro con su ensanche, hasta el punto de que hoy, próxima a absorber las industriosas villas que la rodean, se halla en vísperas de convertirse en vasto centro de población densísima tendida entre los dos ríos que limitaban su término. Barcelona proyectó y realizó infatigable diversas mejoras que han mudado completamente su aspecto; termina en estos instantes otras, y sueña con la reforma de su casco antiguo que se le impone como apremiante necesidad». (*EAP*, 1889, p. 166).

Además de reclamar la asistencia a la Exposición para que no decaiga este certamen Yxart reacciona contra aquellos ciudadanos que en la crítica del detalle incorrecto, olvidan el valor extraordinario del conjunto y no son capaces de apreciar el esfuerzo realizado, y procura estimular de los barceloneses y catalanes no el «orgullo necio que ciega y esteriliza, sino el de la convicción varonil de su valer que templa y enardece, para decidirse a aumentarlo y defenderlo en todas ocasiones» (*EAP*, 1889, p. 178). En este sentido han de entenderse las tres series de artículos que sobre la Exposición Universal de 1888 publicó, respectivamente, en *La Ilustración Artística*, *El Liberal* y *La Revista Puertorriqueña*, y luego resumió en el cuarto volumen de *El Año Pasado* (1889). Así, él que, con Oller, había sido cronista de la Exposición Internacional de París en 1878, ahora tenía la ocasión de ser testimonio privilegiado de la historia de Barcelona y de su evolución. Con estos artículos Yxart recibió toda suerte de reconocimientos por su trabajo como periodista como los que le valen el reconocimiento de Leopoldo Alas en *Ensayos y Revistas*.

Al igual que en aquella ocasión, Yxart empieza su crónica por la descripción externa de la ciudad, del recinto de la Exposición y de sus edificios, entre los que destaca el café-restaurante, para, luego, introducirse en los espacios interiores, señalar los adelantos técnicos y científicos que presentan los distintos pabellones, en contraste con la escasa innovación que ofrece el de Bellas Artes, y terminar con los congresos, discursos, cabalgata, concursos musicales además de las ceremonias de inauguración y clausura que convirtieron la ciudad en «teatro y espectador a la vez de un acontecimiento grandioso, o mejor, de una serie de acontecimientos, que no volverán a ver los nacidos».

Pero ¿cómo es esta ciudad nueva que estrena urbanismo? Yxart nos lleva de paseo por ella y nos muestra sus calles y edificios. Desde el Hotel Internacional conduce al lector por el Paseo de Colón, que acababa de estrenar iluminación eléctrica, y siguiendo por la acera del puerto, llega al monumento dedicado a este almirante, recientemente inaugurado, y desde allí a la estatua de Antonio López. Después continua Ramblas arriba, que también estrenan luz eléctrica y llega a la Plaza de Cataluña, donde la presencia de algunos barracones, que desea se trasladen fuera de la ciudad, dan todavía un aspecto desordenado al conjunto que contrasta con las anteriores zonas urbanizadas El recorrido se cierra bajando por el Paseo de San Juan. Al final del recorrido, la contemplación de la *ciutat nova* se traduce en admiración por las «grandes perspectivas, edificios construídos suntuosamente, jardines y encrucijadas anchurosas: todo propio de una gran ciudad, al que falta sólo mejor urbanización, pero que está llamando a la actividad y a la vida modernas» (p. 183).

A lo largo de todo el paseo, dos elementos caracterizan el relato: la presencia continua de la «multitud» que «se espacia y derrama» por las calles de la ciudad, el tráfico del muelle, detrás de «un intrincado bosque de mástiles y chimeneas de vapor», la «abigarrada aglomeración de barracones de feria» y el impacto de la luz o el claroscuro y las sombras que ésta forma y que se van descubriendo a lo largo del itinerario. Y es precisamente la luz de la ciudad con todo su brillo lo que Yxart quiere pintar en el texto donde explica el recorrido por la ciudad durante la verbena de San Jaime, como si se tratase de una «apoteosis teatral». La iluminación eléctrica estalla, aquí, «centelleando», o «arde como un ascua» allí. Es la luz de la ciudad que hace de la noche día y que separa el espacio urbano, de cálida atmósfera, de la vacuidad de la noche que le envuelve. Una oscuridad que «las linternas de los peones de la via férrea» o «los faroles rojos de la locomotora» (pp. 248-249) se ocupan de resaltar. El juego de luces y sombras dentro de la ciudad hará aparecer en el capítulo dedicado a «La cabalgata», entre las páginas de esta pintura impresionista de la Exposición de Barcelona, la imagen fugaz de la *passante* de Baudelaire, como en *La Papallona* de Narcís Oller, sólo que aquí se trata de una versión más desencajada: «Uno vio mi hombre que, entre las sombras y el contraste de luces, parecía un capricho de Goya, con una mujer de horrible catadura, arrebujada en su pañolón y empuñando un triste farolillo de aceite para hacer que cumplía las ordenanzas municipales» (p. 334). Y como este personaje anónimo, también el narrador sabe que el ruido de las masas es indiferente al sentimento de soledad que invade al narrador.

Pero volviendo al capítulo de la verbena, la luz ahora se ha hecho agua y el agua, luz, y todo ello es un rumor que se confunde con el de la multitud. La fuente luminosa fue, en esta ocasión, uno de los mayores atractivos de la noche para la multitud que, una vez más, «inmensa y compacta, no permite dar un paso» (p. 247). En otro artículo se habla de la gente que asiste a «La cabalgata», celebrada en octubre, como si se tratara de una «tribu», de «pandillas», de «familias transhumantes», de »miles de personas», de «multitud». Un gentío que toma posesión de todo el espacio ciudadano. Yxart, por medio de un narrador en tercera persona, transmite fielmente al lector una sensación casi de asfixia. La ciudad se convierte en escenario y estos actos son el espectáculo para los asistentes que, a su vez, representan ante los ojos del narrador-espectador. En ella, las luces, iluminan el espectáculo, y a la vez difuminan a los espectadores del otro lado de la calle. Un espectáculo entre la «orgíaca mascarada» y el «verdadero ensueño artístico por la esplendidez y propiedad de muchos pormenores y, aún, del conjunto» (pp. 331-332).

También Joan Sardà, desde *La Vanguardia*, habla de la Exposición. Compara Barcelona con París y destaca el carácter innovador y modernista de construcciones como el Hotel Internacional (*El derribo del Hotel Internacional*, en *Obras Escogidas*, II, p. 281-289), «alarde de genio en la invención; un alarde de actividad en la ejecución y en la invención de los medios ocultos con que cuenta nuestra ciudad para salir airosa de cualquier empresa que se proponga por desproporcionada que parezca con relación a su modo de ser corriente y normal». Pero el punto de vista de Sardà es más descriptivo y no juega a marcar la distancia que hay entre las multitudes y la voz del narrador, con la excepción de este último artículo donde, en un momento determinado, compara la Barcelona de la Exposición de 1888 con «una colmena en plena ebullición primaveral».

La Exposición, con todas las reformas urbanísticas que había aportado a Barcelona, era la garantía de su modernización definitiva y de la desaparición de la ciudad antigua que mitificaban, elegíacamente, Emili Vilanova y Josep Coroleu. Yxart, en cambio, consideraba que no se debía llorar el pasado (*Idem*, p. 186), aunque pedía que, antes de que no desapareciera completamente se procediera aquí, como en París, a elaborar esbozos que contengan parte de «la verdadera historia de un pueblo, la clave precisa de los acontecimientos pomposos, la levadura pegajosa e ingrata a la vista, pero levadura, al fin, de todas las vicisitudes de los barceloneses». Todo el material que hoy pueda recogerse todavía, mañana habrá de ser de un alto interés histórico para hallar «el enigma de lo pasado en la reconstrucción de toda la realidad» (*Idem*, p. 185). Tres años más tarde, en *Una sesión aca-*

démica, y después de constatar una vez más las transformaciones de la ciudad, subrayará hasta qué punto la Barcelona tradicional no se resigna a morir, todavía, y no cede en la conservación de sus genuinas y rancias tradiciones.

Pero nada puede detener el crecimiento progresivo de la moderna Barcelona, convertida ya en un auténtico punto de referencia. Y cuando, con la Exposición, llegaron las personalidades más destacadas de la política española, sus discursos fueron incapaces de dar respuesta al dinamismo que planteaba la realidad social catalana y menos aún de asimilar sus aspiraciones. Ya lo insinuaba Yxart antes de la inauguración y en *Brindis* comenta: «Ve, Barcelona ve; continúa callada y retraída, guardándote tu brindis. Habrás hecho el esfuerzo mayor que hiciste en tu vida, habrás preparado el acto más trascendental para ti en este siglo, habrás comprometido tu hacienda, ¿para qué? ... para que se alce con toda gloria, el brindis fantoche, el brindis exótico, el brindis centralización, que, cogido al telégrafo te presentará a las naciones, no con tu fisonomía real, sino con la carátula que a sus intereses importe» (*Idem,* p. 71). La crítica que Yxart hace a los discursos de los políticos reduce su visita a Barcelona a la representación de una «ridícula comedia política». Con palabras de Clarín, señala la necessidad que los escritores se involucren en la regeneración moral y estética del país. A ellos, «independientes y absortos hasta hoy de un modo exclusivo con la literatura, les corresponde ya, dentro de sus medios y sus especiales aptitudes, juzgar la política y sus hombres, desde un punto de vista estético, si cabe la frase, o como observadores de costumbres» (*Idem,* p. 284). Él mismo ve necesaria su intervención, no sólo para combatir estas actitudes, sino para destruirlas y «precipitar así su visible decadencia», (p. 185) tal como habían hecho los enciclopedistas. Opinión que repetía desde su última obra *El arte escénico en España.* (1894-1896).

Con todo, ahora, la ciudad disponía de la fuerza y autoestima conseguidas para poder continuar avanzando, tal como Yxart señala en el *Epílogo* de estos artículos publicados en *El Año Pasado* (1890), por el camino de la tolerancia, la modernidad y el progreso intelectual y técnico. Y si la describe es con el deseo de poder verla, un día, convertida en gran ciudad, con el convencimiento de que sus comentarios habrán de servir a la memoria colectiva para fijar este momento tan importante de su evolución.

En el marco de la Exposición de Barcelona *La Vanguardia* compró nuevas máquinas y de la mano de Modesto Sánchez Ortiz se lanzó a renovar el periódico y la plantilla de sus colaboradores. Sánchez Ortiz, socio del Ateneo Barcelonés, conectó en esta entidad con una serie de intelectuales

cientificistas, federalistas y cosmopolitas, que se reunían allí regularmente, como Joan Sardà, Narcís Oller, Josep Yxart, Josep Coroleu, Frederic Rahola, Pompeu Gener, Ramón D. Perés o Santiago Rusiñol. En ellos, como señala Josep Coroleu en el discurso de inauguración del curso 1888-1889 del Ateneo, publicado en *La Vanguardia* el 27 de noviembre de 1888: «El regionalismo no hace alarde de abjurar las creencias y los sentimientos de nuestros mayores; pero propónese armonizar las instituciones y las tendencias de aquellos tiempos con las aspiraciones y las necesidades de los nuestros». Con este espíritu transformaron este periódico en un medio donde el público barcelonés viera reflejados sus intereses o como dice Ramón D. Perés en un discurso de 1923 «tractaven de convertir en realitat el problema de que el públic barceloní s'interesés per un diari en que la literatura, la ciència i l'art eren barcelonins també, en que les firmes que es llegíen al peu dels articles eren d'aquí y no portades de Madrid, y això no per casualitat, sino pel desig de comptar principalment per a la confecció del diari amb elements de la terra que fessin innecessari, per son valer, l'atractiu del de fora d'ella, malgrat l'anomenada que poguessin tenir aquests darrers». Así pasaron por este periódico los estrenos teatrales, los homenajes, las conferencias, las exposiciones, las actividades de sus instituciones culturales, comerciales, bursátiles, su urbanismo y su política municipal, las epidemias de cólera o el veraneo de los barceloneses. Y desde Barcelona se medía el pulso del país y se irradiaba la modernidad cultural, científica o técnica. En estos dos últimos ámbitos destaca la colaboración de Rafael Puig i Valls y posteriormente José Zulueta y el doctor Robert, Sojo o Xercavins. También cabe destacar que esta publicación es una de las primeras en incluir una colaboración dedicada a la mujer que firma Josefina Pujol de Collado, donde combina moda con cultura y, al mismo tiempo, inserta artículos que plantean la problemática de la mujer en la sociedad presente, a partir de 1890 (E. Blanchet, *En provecho de las mujeres* (30-I-1890) o F. Rahola, *La psicología de la mujer* (10-II-1890), etc. A partir del 5 de octubre de 1890, Roca i Roca inaugura la sección *La Semana en Barcelona* con una colaboración semanal, verdadera crónica-resumen de las principales noticias de la vida ciudadana. Poco a poco se van añadiendo nuevos colaboradores: a partir de 1889 Josep Lluís Pellicer, Ezequiel Boixet, Miquel Utrillo, Felip Pedrell, en 1890 Josep Roca i Roca, en 1891, Claudi Omar i Barrera, Enrique Suñol, Josep Vergés i Almar y Enrique Sánchez Torres (que en parte substituye a R. D. Perés) y, el 17 de marzo de 1892, Raimon Casellas. Barcelona, ciudad y centro de cultura catalana es el epicentro de la publicación, al menos hasta la remodelación del 21 de febrero de 1890.

El cosmopolitismo de *La Vanguardia* queda patente en la corresponsalía cultural desde Madrid, o en la de Miguel Utrillo desde París, en las cartas de R. D. Perés desde Inglaterra a partir de julio de 1890 o de Rusiñol desde su molino en París a partir del 16 de noviembre de 1890 y en los viajes que por Catalunya, Europa o África que publican a manera de series Vergés i Almar, Pellicer o Zulueta, entre otros.

Narcís Oller, en sus *Memòries Literàries* (p. 110), recuerda que para él, como para Yxart o Sardà, colaborar en *La Vanguardia* era una manifestación de patriotismo catalanista en el amplio sentido de cooperar a la creación de un gran periódico barcelonés, tal como se había propuesto su director Modesto Sánchez Ortiz.

Esporádicamente Yxart visitaba a sus padres en Tarragona o en Alatafulla, especialmente en las fiestas señaladas y en verano, cuando su actividad como crítico se lo permitía. Cuando en 1893 se le declaró la tuberculosis laríngea, que había de causarle prematuramente la muerte el 25 de mayo de 1895, empezó un periplo veraniego que le llevó aquel año a Vernet-les-Bains y el siguiente a Ciurana, sin que obtuviera ninguna mejora drástica. Los médicos le aconsejaban reposo en su domicilio familiar de Tarragona, pero él, aún con la salud muy quebrantada, escapaba siempre que podía a Barcelona, donde realmente estaba su vida intelectual y sus amigos. A veces daba como excusa buscar, entre las publicaciones extranjeras que recibía el Ateneo, datos sobre las novedades teatrales y las últimas tendencias estéticas que le reclamaba la escritura de *El Arte Escénico en España* (1894-1896), que publicaba en *La Vanguardia* desde 1892. Ilustra esta afirmación la carta de Yxart a Oller, fechada el 21 de setiembre de 1893, que éste publica en sus *Memòries Literàries* (p. 248), en la que le pide unos datos de la *Revue de l'art dramatique* que se halla en la biblioteca del Ateneo. En general no podía prescindir del intercambio de ideas ni ahogar su pasión por el teatro.

Sólo la muerte pudo arrancarle de Barcelona y devolverle a su Tarragona natal. Con motivo de su sepelio, todas las personalidades y las instituciones más distinguidas de Barcelona le acompañaron o enviaron su pésame. Y si en vida, como dice Sardá, «sólo a medias correspondió Barcelona a las esperanzas que en ella cifraba Yxart», a raíz de su muerte cabe constatar que la capital catalana ha olvidado completamente a este gran crítico, uno de los hombres que más la amó y más trabajó por hacer de ella una ciudad que fuera en su tiempo culturalmente europea.

Bibliografía

ALAS, L.: «Clarín», *Ensayos y Revistas*, Prólogo de Antonio Vilanova, Barcelona, 1991, págs. 171-180.

BOHIGAS TARRAGÓ, P.: «Apuntes para la historia de las Exposiciones oficiales de arte de Barcelona (De 1786 a 1888)», *Anales y Boletín de los Museos de Arte de Barcelona* (Arte moderno) vol. III, núm. 1 (enero de 1945).

CABRÉ, R.: «Catorze cartes de Josep Yxart a Joan Sardà», en *Miscel.lània Joan Fuster, Estudis de Llengua i Literatura*, VI, P.A.M., 1993.

CABRÉ, R.: *José Yxart. Crítica dispersa*, Barcelona, Lumen, 1996.

HAMON, P.: «Voir la ville», en «La Ville et son Paysan». *Romantisme, Revue du Dix-Neuvième Siècle*. A. XXIV, n. 83, París, 1994.

MARFANY, J. L.: «La cultura barcelonina en la fi de segle», *Serra d'Or*, XX (1978), pp. 790-799.

MONTOLIU, M. DE: *José Yxart el gran crítico del renacimiento literario catalán*, Tarragona, 1956.

OLLER, N.: *Memòries Literàries*, Barcelona, 1962.

–: «El gran alcalde barceloní (Francesc Rius i Taulet)», *La Ilustració Catalana*, 24 de mayo de 1914. Recogido en *Figura i paisatge* (1914) y en el volumen *De tots colors*, *Obras Completas*, VIII, 1929.

PERÉS, R. D.: *Respuesta* al discurso de recepción pública de Afred Opisso i Viñas en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, el día 25 de Noviembre de 1923, Barcelona, 1923. pp. 35-47.

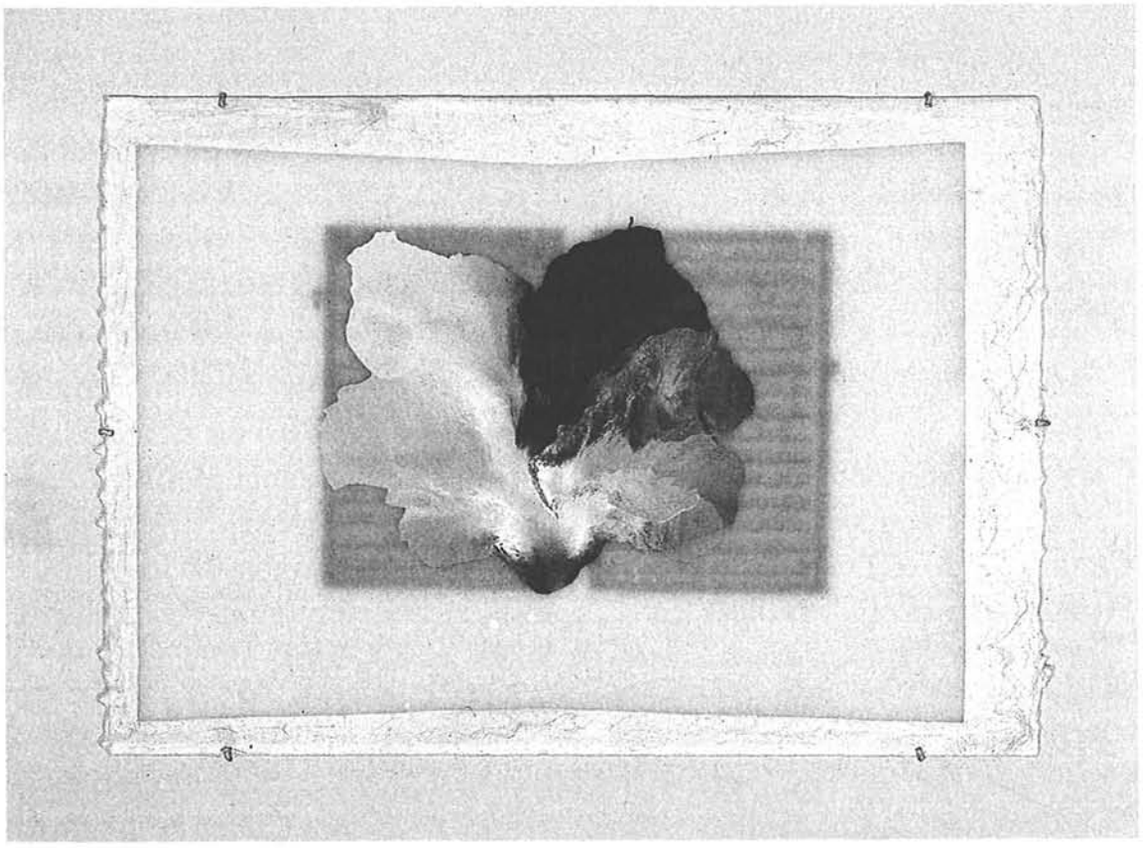
SARDÀ, J.: *Obras Escogidas, Serie castellana*, I, II i *Obres Escullides, Sèrie catalana*, Barcelona, 1914.

YXART, J.: *La descoberta de la gran ciutat: París,1878*. Edición y prólogo de R. Cabré, Tarragona, 1995.

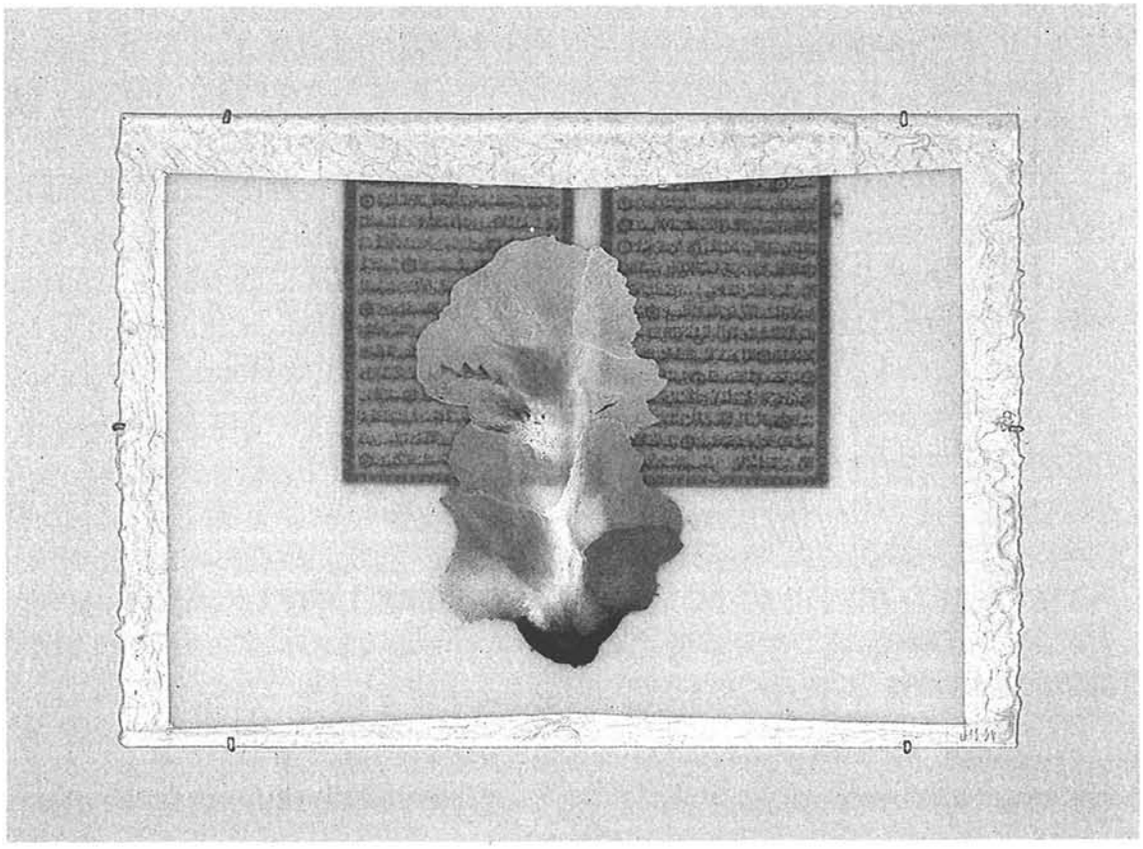
–: *El Año Pasado*, I, II, III, en *Obres Completes*, I, Barcelona, 1995.

–: *El Año Pasado*, IV, Barcelona, 1889.

–: *El Año Pasado*, V, Barcelona, 1990.



Los paños de oro (1998). Cera, óleo y papel.



Los paños de oro (1998). Cera, óleo y papel.